

AUTOAPRENDIZAJE: NUEVOS ROLES PARA EL DOCENTE

Luis Eduardo Sabogal
RECTOR LICEO MONTAÑA Y EDUCADOR

Es una opinión ampliamente aceptada en los foros y debates académicos la necesidad de establecer cambios en las estructuras educativas, que abran nuevas posibilidades de aprendizaje acordes con las necesidades actuales, a fin de facilitar a nuestros jóvenes un adecuado desarrollo intelectual y la apropiación de herramientas que les permitan enfrentar las exigencias del futuro con éxito.

Las diversas tentativas de los profesionales de la educación se realizan en todo el espectro de la pedagogía: desde modificaciones a los planes de estudio; cambios en el uso del tiempo libre; aplicación de la tecnología educativa; énfasis en algún área del conocimiento o en la profundización de ciertas aptitudes y la aplicación de diversos modelos pedagógicos, hasta concepciones maximalistas que hablan de la no-escuela, o de la fijación curricular por los propios alumnos, etc.

Las opciones mencionadas han mostrado su validez en procesos específicos, y hoy son fundamento de esfuerzos académicos importantes. Entre éstos, las llamadas innovaciones educativas pretenden ofrecer proyectos diferentes, alternativos, a las dificultades conocidas de la educación clásica.

En todas ellas, con mayor o menor intensidad, el papel del docente sigue siendo esencial, ya sea como dispensador de

conocimientos, “facilitador”, motivador, orientador, consejero, y en muchos casos todavía, como el superhéroe encargado de todo tipo de actividades curriculares y extracurriculares. En cualquier caso, el trabajo del docente permanece indispensable en la noble tarea de educar, en el sentido más amplio de la palabra.

La experiencia educativa de nuestra institución se basó inicialmente en un trabajo de equipo para investigar sobre problemas del aprendizaje que, más adelante, dio lugar a la elaboración de materiales y métodos que facilitarían el autoaprendizaje. Después vino la conformación de un equipo docente comprometido con estos principios, que permanece relativamente estable. Las observaciones y comentarios que hago a continuación son el fruto de una experiencia ininterrumpida por cerca de diez años en el Liceo Montana, institución de carácter privado, mixta, con bachillerato académico completo.

Dadas las especiales características de nuestro modelo educativo, creo importante, en una primera parte, exponer brevemente sus principios y organización general.

En la segunda parte me centraré en el papel de los docentes y, específicamente, en la tutoría como propuesta de pedagogía en el Liceo.

El proyecto y su realización

El modelo se centra en el desarrollo de los aprendizajes diferenciales, y por lo tanto, es un sistema individualizado. De esta concepción se desprenden, naturalmente, otros signos como la flexibilidad y la promoción por objetivos. Se busca ejercitar en los estudiantes la capacidad de “aprender a aprender”, de donde

se derivan, a su vez, la adquisición de autonomía y responsabilidad, la diversidad de momentos en los planes de estudio, la opción de elegir nuevos temas de trabajo y de investigación y la posibilidad de compartir con otros (estudiantes y docentes) los conocimientos y experiencias adquiridas.

Un colegio o cualquier institución educativa que tenga en cuenta a cada estudiante, en términos de características particulares y en torno a objetivos alcanzables según planes de trabajo totalmente individuales, no puede ser la institución tradicional. Esto sólo es posible “desestructurando”, de forma radical, la organización clásica, dándole una nueva articulación coherente con el modelo de aprendizaje. De allí la inexistencia de horarios de clases por materias, de grupos homogéneos por grados, de tiempos determinados para el desarrollo de materias y cursos, de la sucesión de cátedras docentes, etc.

La nueva estructura escolar es abierta, flexible, de autonomía progresiva. Los grupos se organizan no por edades o grados, sino por conveniencias motivacionales o estratégicas. Cada estudiante crea, con la ayuda del docente, un plan de acción propio y dedica el tiempo necesario a la adquisición de los conocimientos, aptitudes y habilidades específicas para cada tema.

El aprendizaje se logra a través de varias etapas, en las cuales el estudiante adquiere diversas destrezas e incrementa progresivamente su capacidad intelectual.

Inicialmente recibe una inducción donde aprende las “reglas del juego”: principios pedagógicos; entrenamiento intensivo en método de estudio; planeación del tiempo y del trabajo. Luego pasa al Taller, conformado por un pequeño número

de estudiantes, donde uno a uno podrán realizar todos los objetivos académicos programados, siempre bajo la guía y supervisión de un tutor. El ciclo termina con la presentación de evaluaciones rigurosas, cuyos resultados deberán mostrar su grado de adquisición de conocimientos y de competencias. El aprendizaje se logra mediante la aplicación del método de estudio en el cual inducción y deducción son recursos esenciales.

Los materiales conducen al estudiante a descubrir, a crear hipótesis, hacer inferencias, manipular y aplicar lo aprendido.

La dinámica escolar es complementada con seminarios especializados permanentes, seleccionados por los estudiantes y docentes conjuntamente; con la práctica en laboratorios de ciencias y física; con debates sobre temas actuales donde la lectura diaria del periódico es requisito indispensable; y con la práctica organizada de actividades artísticas y deportivas de conjunto.

Pero no es sólo la explosión de la estructura colegial clásica lo que nos caracteriza, sino también la práctica de valores como vivencia cotidiana. Nuestros estudiantes se comprometen con un comportamiento intelectual y social que los conduce asertivamente a la maduración. Aquí, la ética no es un discurso sino la vida misma. La vida escolar involucra la puesta en práctica de valores sociales: el gobierno escolar, la participación abierta, la toma de decisiones, la tolerancia en los debates, etc., son ocasiones permanentes que conforman un campo propicio para la aplicación de la axiología institucional.

Otra visión de la docencia

En nuestro modelo educativo el estudiante es el centro de toda la actividad escolar.

Pero también el estudiante es responsable de buena parte de su proceso de aprendizaje, en tanto que debe esforzarse por aplicar un método activo de autoestudio y de participar en todas las actividades que tienen como propósito la realización íntegra del currículo.

Desde este punto de vista la docencia se ve obligada a adoptar nuevos roles al quedar desprovista de su exclusiva función de poseedor y repartidor de “saberes”. La función del profesor clásico es reemplazada por una nueva distribución y asignación de papeles, con el objeto de complementar el proceso de autoaprendizaje.

Estas nuevas funciones son la tutoría y el análisis. Tutores y analistas son docentes de carrera que ejercen lo que podríamos llamar una “especialización ampliada”. Esto es, en primer lugar, la práctica de labores específicas de todo docente, como la revisión del trabajo del estudiante y la orientación para llevarlo a la adquisición de logros cognoscitivos y conductuales. En segundo lugar comprende la posibilidad de realizar labores en el campo de su especialización, que amplíen el rango de aprendizajes y den mayor solidez al proceso general.

En nuestro modelo pedagógico el docente deja de realizar las múltiples tareas del profesor clásico. Su función es más especializada, más creativa. Con un componente adicional: también es un investigador. La característica de sistema abierto y flexible imprime ese carácter a los docentes. De esta forma, tutores y analistas se encuentran en un proceso permanente de retroalimentación, en el cual surgen nuevas propuestas y modificaciones de la rutina diaria y del modelo mismo. En relación con los estudiantes, el docente es un observador de sus comportamientos

individuales y colectivos. Hace anotaciones muy rigurosas y registra y compara datos estadísticos obtenidos del rendimiento académico.

Por esta vía ha sido posible modificar las condiciones del trabajo, la organización interna de los talleres; hacer cambios en la evaluación, en el método de estudio, en los contenidos y en las características de los materiales, etc.

En grandes rasgos, un *analista* tiene como función principal la evaluación del trabajo de los estudiantes y su orientación hacia formas apropiadas de aprendizaje. Con el mismo propósito asigna nuevos trabajos de investigación y de aplicación, que el estudiante deberá realizar individualmente. Proporciona retroalimentación inmediata a cada uno de sus estudiantes y mantiene comunicación estable con ellos. El trabajo del analista se realiza a distancia, sus estudiantes no lo conocen. Su relación con ellos es indirecta. Su peso académico proviene de la facultad que posee para decidir sobre el avance de cada estudiante, y de la percepción que tiene de sus conocimientos, de su objetividad y rigor intelectual.

El grupo de analistas tiene bajo su responsabilidad revisar y actualizar los contenidos del material de estudio, así como de las pruebas que se aplican en cada caso.

Analistas y tutores integran el Comité Académico que se reúne cada dos semanas durante cuatro horas.

El *tutor* es un docente especializado en una de la áreas del conocimiento; posee la formación específica dentro de nuestro modelo educativo, proveniente de la investigación y de su experiencia prolongada en nuestro equipo de trabajo.

Su función principal es la de *orientador* del proceso de aprendizaje de cada uno de los estudiantes de su grupo o taller. Revisa permanentemente el trabajo de éstos y se asegura de su realización rigurosa y ordenada. Es también un *consultor* en las materias de su especialidad. Para esto dedica parte de su jornada a los estudiantes que así lo requieran. El *tutor* no dicta clases, ni “enseña” a la usanza tradicional, sino que cuestiona, propone nuevas vías de reflexión y de acción y trabaja con su estudiante. La función del tutor no es rutinaria, tiene la posibilidad de realizar funciones diversas dentro de su especialidad.

Así, un tutor especializado en biología y química orientará las prácticas específicas de laboratorio. Un especialista en español, por ejemplo, coordinará los esfuerzos dirigidos a la publicación del periódico escolar, o los talleres literarios. De la misma forma, el *tutor* es responsable de seminarios temáticos, mediante los cuales los estudiantes tienen la posibilidad de profundizar y debatir temas que complementan su trabajo autoformativo. El *tutor no califica ni evalúa* al estudiante. Aquí radica la calidad de su labor formativa.

Al romperse la distancia psicológica de la evaluación, el estudiante lo percibe como un colaborador en su arduo camino de aprendizaje. Esto permite al tutor un acercamiento mayor con su estudiante, y lo convierte en un *motivador* que aprende cuándo y cómo puede impulsar a cada uno individualmente para que logre sus objetivos.

La visión del estudiante

En una encuesta recientemente realizada a propósito de esta invitación, preguntamos a nuestros estudiantes cómo

valoraban a sus docentes. Trataré de resumir los resultados a fin de orientarme dentro del tema principal de este ciclo de Historias de Vida de docentes.

En primer lugar, hacen una distinción entre sus docentes.

El analista:

Es objetivo, riguroso.

Muestra grandes conocimientos.

Su trabajo les permite avanzar retirando obstáculos.

La distancia física los vuelve casi míticos.

Sienten gran confianza en sus apreciaciones y orientaciones.

Los tutores :

Ayudan a resolver dificultades con rapidez.

Son muy creativos en el manejo de las diversas situaciones.

Pueden dedicarles tiempo a cada uno de ellos individualmente.

Muestran interés por su desempeño académico.

Es agradable trabajar con ellos porque no califican.

Logran que los estudiantes se sientan bien en su trabajo.

Como es una relación muy cercana, la disciplina es buena.

Los alientan a ser independientes o autónomos en su trabajo intelectual.

Crean en ellos hábitos muy importantes como método de estudio, esfuerzo y dedicación.

En segundo lugar, expresan su sentimiento y sus reacciones frente a esta forma de educación:

- Sienten tranquilos: la presión proviene del compromiso propio, no hay competencia dentro de los grupos.

- Se sienten escuchados, pueden proponer y sacar adelante sus ideas.
- Se sienten atendidos: individualmente y de manera oportuna.
- Sienten que pueden confiar en sus educadores.
- Agradecen la forma equilibrada en que les permiten adquirir comportamientos maduros.

Mucho se dice sobre *el deber ser* de la labor docente, y el interés de todos aquí es buscar mejores condiciones en la realización de nuestra tarea. Sin embargo, cuán difícil parece la posibilidad de cambiar cuando esa labor se hace en situaciones adversas. La rutina de nuestra institución, por ejemplo, no está exenta de dificultades. No en vano la sociedad prefiere el *status quo* y en general las personas son renuentes al cambio.

Pero con un poco de imaginación y mucho de esfuerzo se pueden lograr modificaciones significativas.

Para concluir, modestamente quisiera dar mi opinión sobre el rol del docente frente a sus alumnos y en la sociedad. El docente deber ser un modelo. Me refiero al comportamiento individual y social, y a su actitud intelectual.

El “Buen Ejemplo”, expresión tradicional de los abuelos, es la mejor herramienta formativa que pueda usarse en beneficio de hijos y alumnos. Sin Buen Ejemplo, las teorías, proyectos o conceptualizaciones caerán en el vacío de cualquier práctica pedagógica. Esta premisa no debería olvidarse : *El buen ejemplo educa.*